

FILOSOFÍA E IDEOLOGÍA

Józef Maria Bochenski*

Summary: PHILOSOPHY AND IDEOLOGY. The great Polish analytic philosopher, when sketching the objectives of contemporary philosophy, proposes his definition of ideology and establishes, through five assertions based on formal logic, differentiations among them. Subsequently, in three steps, briefly but convincingly documented, corresponding to pre-thomistic, thomistic and contemporary philosophy, points out, with remarkable reflexive distance, the duties of today's philosophers. These ideas are accompanied by a diagram, located in a foot's page, of referring problems. Finally, the author delineates the difficulties faced by the philosopher of today when working at the contribution of synthetical philosophy's development.

Key words: Analytic philosophy. Formal logic. Ideology. Synthetical philosophy. Contemporary philosophy.

Résumé: PHILOSOPHIE ET IDÉOLOGIE. En ébauchant les objectifs de la philosophie actuelle, le grand philosophe analytique polonais propose sa définition d'idéologie et établit, à travers cinq assertions fondées sur la logique formelle, la différenciation entre l'une et l'autre. Puis, en trois étapes documentées d'une manière brève mais convaincante, qui correspondent à la philosophie préthomiste, thomiste et contemporaine, il indique, avec une grande distance réfléchie, les devoirs du philosophe d'aujourd'hui. Ces idées se trouvent accompagnées, au bas des pages, d'un diagramme des problèmes y relatifs. Finalement, l'auteur expose avec clarté les difficultés que traverse un philosophe d'aujourd'hui quand il contribue au développement de la philosophie synthétique.

Mots-clefs: Philosophie analytique. Logique formelle. Idéologie. Philosophie synthétique. Philosophe contemporain.

* Discurso pronunciado en Sachaan (Liechtenstein) el día 8 de septiembre de 1984, en el simposio titulado *Los objetivos actuales de la filosofía cristiana*. Wincenty Lutoslawski me enseñó que solamente los lactantes van con los textos listos a las reuniones filosóficas. Como no quiero que me consideren un lactante, tenía al alcance de la mano únicamente un esquema y naturalmente la formalización de las pruebas. Hablaba en alemán. A la vuelta de Sachaan redacté primero el texto polaco. El método empleado por mí tiene esta cualidad o este defecto: que lo que está publicado se diferencia a veces del texto pronunciado, puesto que el autor aprovechó las observaciones de los oyentes y él mismo agregó algunas ideas. J. M. B.

Es para mí un honor muy particular dirigirme a los filósofos, porque escuchan con agrado a los físicos, químicos, biólogos y economistas, pero no les agradan los lógicos. Tal vez con razón, puesto que los lógicos son gentes desagradables. Pero yo voy a corresponder a este honor, de un modo desagradable también, con el intento de banalizar o trivializar un problema que por lo general se considera como profundo: el de la ideología y la filosofía. De todos modos presento mis sinceras excusas por esta falta de buena educación. Desafortunadamente tengo esta costumbre poco grata de considerar que el vacío es lo más profundo de todas las cosas. De ahí proviene mi afición por lo banal y la banalización.

Voy a desarrollar este tema en cuatro pasos: al principio viene la introducción (dicen que el único asunto sobre el cual todos los filósofos están de acuerdo es la idea de que la introducción debe estar al comienzo y no al final del discurso). Después de la introducción se harán, en segundo lugar, las diferencias, luego las aseveraciones y, antes de terminar, las observaciones finales sobre los deberes del filósofo frente a la ideología. En pocas palabras, dividiré mis consideraciones en cuatro partes: introducción, diferenciaciones, aseveraciones y deberes.

INTRODUCCIÓN

Al comienzo quisiera hacer cuatro observaciones: las dos primeras se refieren al problema que se trata; las dos siguientes conciernen al significado de las palabras empleadas en su definición.

Primera observación acerca del problema

Los organizadores de esta reunión me honraron con la invitación para hablar sobre el tema de las posibilidades de la filosofía cristiana. Un tema serio y comentado desde varios ángulos por escritores famosos y populares como Maritain y otros. Pienso también que es un tema relevante para todo cristiano. Sin embargo, debo confesar que no me parece un tema filosófico. Porque, ¿para qué esta limitación de la cuestión según nuestro —si me lo permiten— caso personal? La filosofía, según mi opinión, se mueve en un alto nivel de abstracción y su campo abarca objetos y asuntos muy dispersos. ¿De dónde, entonces, proviene esta delimitación acerca del cristianismo? ¿Por qué tendríamos que hablar solamente de él y no de las otras religiones? O, yendo más lejos, ¿por qué limitarnos a la religión, si un problema muy similar existe en la relación, de la filosofía con el concepto de ilustración? Siento mucho decir algo muy desagradable, dirigido a muchos excelentes y famosos escritores: delimitar la cuestión al cristianismo es caer en algo que los ingleses llaman *parochialism*, el parroquialismo, que no es digno de un filósofo. De aquí que, si ustedes lo permiten, voy a deliberar no sobre el caso particular de la filosofía cristiana sino sobre un equivalente más amplio, que voy a llamar “la filosofía ideológica”. Esta sería la primera observación introductoria.

Segunda observación sobre el género de las cuestiones al cual pertenece nuestra cuestión

George E. Moore nos enseñaba que siempre hay que comenzar con esto. Cuando reviso tan-

tos excelentes trabajos publicados sobre el tema de la filosofía cristiana, encuentro en ellos sabias pruebas sobre el estado de la naturaleza de la filosofía (en francés *état*) y otros similares. Parece comprobarse que en estos trabajos se considera la filosofía más o menos así como un ser real, existente en el mundo, más o menos así como son en el mundo la esencia de gato o rinoceronte. Porque se puede preguntar con sentido cuál es la naturaleza del gato y en qué estado (*état*) se encuentra la naturaleza del rinoceronte, porque estos animales tienen una esencia común y real. Las cuestiones que le conciernen se refieren a las averiguaciones sobre la naturaleza, sobre la realidad, lo que los alemanes llaman *Realwissenschaften*. Esta es mi segunda observación. Según mi humilde opinión, en el mundo no existe un ser real, un animal que podríamos llamar "la filosofía". En otras palabras, pienso que nuestra cuestión no es una cuestión del dominio real, empírico, de las *Realwissenschaften*, sino que es un asunto lingüístico, lógico.

Tampoco niego que en el mundo existen muchos actos reales que la gente llama "filosóficos". Pero me parece que la situación es igual a la de la célebre "legumbre" de Petrazycki: en el mundo existen legumbres, pero quien sepa definir la legumbre se ganará el premio gordo. Con la filosofía pasa igual: casi cada filósofo la concibe de distinto modo. De aquí que las disputas sobre su definición, su naturaleza, y similares, resultan ser pura pérdida de tiempo, como en el caso de la legumbre. En lugar de perder el tiempo en esas disputas convendrá ocuparse de las proposiciones en las cuales aparece el concepto de "filosofía" y tratar de averiguar si al agregar a la filosofía el adjetivo de "ideológica" no se produce acaso, dentro de la lógica común, una contradicción. En pocas palabras, propongo considerar nuestro problema como lógico.

Si es así, vale la pena subrayar que los términos que vamos a emplear como "debe", "puede" serán todos términos lógicos. Tal vez vale la pena recordar que la diferenciación entre la

necesidad ontológica y lógica ya la hallamos en Aristóteles, quien habla de la conclusión del silogismo dado como un "necesario de la necesidad", y hasta un "posible de la necesidad". Esta sería la segunda observación.

Tercera observación: ¿Qué entendemos por *Filosofía*?

La respuesta: casi cada uno entiende algo distinto. Pero tal vez la búsqueda de alguna característica común para esas filosofías particulares no es del todo sin sentido. Esto no contradice lo dicho anteriormente de la no-existencia de la definición de la filosofía, porque esta característica correspondería en efecto a cada filosofía y no solamente a la filosofía. Pienso que el rasgo común de la gran mayoría de los sistemas es su racionalidad. Es verdad que, como tendré la oportunidad de decirlo más adelante, esta racionalidad no siempre andaba muy bien, pero, a pesar de todo, la mayoría de estos pensadores pretendía hacer algo racional.

Naturalmente hay excepciones, no solamente de filósofos individuales sino de todas las escuelas. Sin embargo, ésta es la tendencia principal de la filosofía europea. Desde Platón hasta Popper, todos los que cuentan, salvo pocas excepciones, rendían homenaje a la razón, en el sentido de querer comportarse racionalmente.

No obstante, en esto hay una dificultad. Muchos se preguntan últimamente de qué se trata cuando hablamos de racionalidad. Hubo bastante discusión en los Estados Unidos, y entiendo que, también en Polonia, esta cuestión fue objeto de varios congresos filosóficos. El asunto consiste en que, según el enfoque, el problema actualmente es mucho más complejo que antes.

No puedo comenzar aquí la discusión, pero me permitiré hacer la siguiente propuesta: es racional aceptar la frase Z: o mejor, cuando:

1. Z fue comprobada por la experiencia directa (no solamente sensorial, sino por ejemplo también la que usan las fenomenologías), o
2. Z fue comprobada con la ayuda de las correctas reglas lógico-formales, dado que todas las premisas son racionales, o
3. Z fue aceptada para explicar las frases racionales, y esto según las reglas de la deducción reducible, reconocidas en este campo.

Entonces, cuando hablo de que a la filosofía le corresponde el rasgo de la racionalidad, pienso que todas sus proposiciones, aceptadas conscientemente, son consideradas por el filósofo como racionales en este sentido de la palabra. Conviene aquí resaltar la palabra "conscientemente", puesto que cada uno de nosotros admite inconscientemente muchas frases. Esta sería la tercera observación¹.

Cuarta observación: ¿Qué hay que entender por *Ideología*?

A esta expresión se le atribuyen varios significados. En cuanto a mí concierne, por mi primera observación estoy obligado lógicamente a interpretarla en el sentido que se usa cuando hablamos de la ideología cristiana, al igual que en los giros "ideología de la Ilustración", "ideología hitleriana", etc. No tengo la intención de definir la ideología así entendida, pero indicaré unas de sus características fundamentales:

1. La ideología no está comprobada científicamente, racionalmente. Aunque pienso, a decir verdad, que además del acto de voluntad

¹ Durante la discusión se destacó la objeción de que atribuyendo la racionalidad a la filosofía se la limitó a un solo tipo de filosofía. Así es, en efecto. No pretendo prohibir a nadie usar el sustantivo "filosofía" de otro modo, pero personalmente considero que únicamente esta manera de hablar de ella, ante la historia de la filosofía europea, es apropiada.

en el cual el hombre se decide por aceptar una u otra ideología, unas ideas sobre el mundo, siempre existe alguna justificación, como por ejemplo, en el catolicismo, los llamados *preambula fidei*. Opino, pues, que el hombre sano mentalmente no puede tomar por verdaderas proposiciones que considera realmente importantes, y siempre es éste el caso de la ideología que admite sin alguna razón o sin alguna motivación racional. Pero esta motivación no es, según mi opinión, parecida a la científica. Dicho brevemente (este asunto lo traté en mi *Lógica de la Religión*), considero que el acto de la aceptación de la ideología está precedido por una especie de hipótesis aclaratoria que somete la totalidad de la experiencia de un hombre, y no únicamente la experiencia de los hechos, sino también de los valores morales, estéticos, etc. Tal hipótesis no es comprobable intersubjetivamente, entre otros motivos porque el campo de la experiencia de cada uno de nosotros es distinto. Entonces, según nuestro significado de la palabra, no es racional. No existe la ideología comprobable científicamente, y no puede existir. El hecho de que existan los filósofos que admiten esta posibilidad solamente atestigua cómo un filósofo puede ser tan retrógrado.

2. La ideología contiene una afirmación metalingüística que es incondicionalmente una verdadera característica peculiar suya. La ideología relativista parece una especie de árbol de hierro o un cuadrado circular. Su cualidad básica es el absolutismo.
3. La ideología contiene una imagen sintética de la realidad.
4. La ideología contiene, además de las afirmaciones concernientes a la realidad, también las valoraciones, especialmente las morales.
5. Finalmente, hallamos en ella la respuesta a las

- llamadas preguntas existenciales, por ejemplo:
- la concerniente al sentido de la vida, del dolor, de la muerte, etc.

De estas cinco características, la primera resulta ser la más importante para nuestras consideraciones.

Convendría aún decir qué entiendo yo por "filosofía ideológica", pero, como esta expresión es ambigua, será mejor posponer el asunto hasta el tema de las diferenciaciones, al cual estoy pasando.

DIFERENCIACIONES

Planteo cuatro diferenciaciones, esperando que no las tomen ustedes como exageraciones: entre la filosofía sintética y la analítica, entre la filosofía como proceso y como sistema, entre la consciente y la inconsciente aceptación de las frases, y entre el sentido amplio y restringido de la "ideología".

Al principio diferencio la filosofía sintética de la analítica. En lugar de las definiciones doy ejemplos: es obvio que las filosofías de Hegel y de Comte eran sintéticas y las de Hume y de Husserl analíticas. En estos ejemplos se ve en qué se diferencian: en que el filósofo sintético construye una gran síntesis del conocimiento, una imagen unificada de la realidad, mientras que el filósofo analítico se limita a los detalles y no construye ninguna gran síntesis.

Sin embargo, conviene, si así se puede decir, antirradicalizar esta diferenciación de dos modos.

Primero. El hecho de que un filósofo sea un pensador sintético no prohíbe que pueda practicar también el análisis. La ilustración clásica de esta verdad es Aristóteles. Entre los filósofos analíticos es considerado como el gran antecesor y un magnífico ejemplo del pensa-

miento analítico. Durante las famosas discusiones en Royaumont hace veinte años, los analíticos lo invocaban permanentemente. Pero también *il maestro di color che sanno* creaba la síntesis; la gran síntesis es propia de un filósofo sintético. Se puede ser sintético y practicar el análisis. De ahí que cuando se acusa a los adversarios de las grandes síntesis de echar por la borda toda la herencia filosófica de los grandes pensadores, los analíticos contestan que no es así. Es verdad que éstos echan con esmero las basuras, es decir, las síntesis, y de ningún modo el bagaje analítico del pasado. Entre comillas, del hecho de que siendo un sintético se pueda practicar el análisis no resulta la frase inversa de que un analítico pueda practicar la síntesis. Porque, precisamente, renuncia a ella. Esta sería la primera diferenciación en cuanto a la antirradicalización.

La segunda concierne al significado de la palabra "síntesis": la actitud analítica no excluye naturalmente toda síntesis, sino los grandes sistemas que abarcan el mundo y con los cuales se intenta reducir todos nuestros conocimientos a un solo denominador. La actitud analítica prohíbe únicamente la gran síntesis y no las menores. Estas pequeñas síntesis son necesarias en toda ciencia, también en la filosofía; y los analíticos de estricta observancia, los que emplean la lógica matemática, gozan con los sistemas axiomáticos que están creando y cuya teoría han mejorado desde los tiempos de Aristóteles y Euclides.

Ahora, y al margen de esta diferenciación, una confesión de naturaleza no tanto lógica como histórica. Mirando lo que está pasando en la filosofía de nuestro siglo, veo que hay en ella sumamente poco de filosofía sintética; que vivimos, como lo dijo bellamente Whitehead, "*in an age of analysis*", en una época de análisis.

La sensación es como si todas las filosofías sintéticas pertenecieran irrevocablemente al pasado, como si la época *Summarum* hubiera

terminado de una vez para siempre. No solamente tengo la sensación, sino que me parece que sé por qué es así. Pienso que ya no creamos las grandes síntesis por tres motivos. Primero: porque nos pesa demasiado el tamaño de nuestros conocimientos. Si Alberto el Grande, o tal vez hasta Comte o Wundt, podían acometer la tarea de aunar el conocimiento humano, nosotros nos damos cuenta perfectamente de la imposibilidad de esta empresa; simplemente hoy día hay demasiado conocimiento. Segundo: hoy disponemos del entendimiento mucho más perspicaz de las exigencias de la lógica formal. Quien no lo crea, que compare las pruebas sobre la existencia de Dios de Garrigou-Lagrange (*nota bene*: profesor entre otros del actual Papa) con lo que escribió sobre el mismo tema un lógico matemático polaco, el padre Jan Smolucha. Hoy tenemos otras pruebas totalmente distintas de las que reconocía el eminente representante del pasado, el padre Garrigou. Tercero: hoy percibimos más claramente los límites de la racionalidad. Repito, pues: se terminó la época *Summarum* y de la filosofía sintética.

Por fin, ya totalmente al margen, un punto sobre la *i*: cuando hablo de la filosofía analítica, pienso no solamente en el análisis en el sentido estricto de la palabra, el que deriva de Moore, y mucho menos en el análisis de la Escuela de Oxford, donde los filósofos elaboran los prolegómenos para el diccionario de Oxford. El hecho de citar a Husserl como representante del análisis testimonia que (a pesar de ser un miembro indigno de la secta de Moore) considero la fenomenología como una filosofía analítica. Lo aclaro, porque un fogoso filósofo, después de haber escuchado mis razonamientos, me reprochó sin rodeos que yo reduzco la filosofía a la gramática. Lo cual ni Moore ni, *si parva magnis comparare licet*, yo mismo, bajo mi palabra, hacíamos. Tal sería la primera diferenciación entre la filosofía sintética y la analítica.

La segunda diferenciación concierne a la filosofía como proceso y como sistema. En lugar

de hacer la definición prefiero aclarar esta diferenciación con el ejemplo tomado de la historia de la física. Dicen que el día en que creó su fina teoría, Sir Isaac Newton, según la común (y para mí gloriosa) costumbre de los británicos, comió al desayuno, además de otros víveres, *ham and eggs*, huevos con jamón. Entonces, apoyándome en la autoridad de los sabios filólogos y psicólogos, sostengo que aquellos *ham and eggs* ejercieron una influencia, tal vez definitiva, sobre la creación de la teoría de Newton. Tal vez sin ellos nunca la hubiera formado o, lo que es peor, hubiese creado una teoría totalmente distinta. Así, pues, si la comprendemos como un proceso *in fieri quod exercitum*, como decían los escolásticos, los *ham and eggs* tuvieron influencia sobre esa teoría. Pero cuando observo la teoría de la gravitación como sistema de frases, a pesar de mi mejor voluntad no puedo percibir ni la menor huella de aquellos huevos y aquel jamón, ni una diminuta cascarita; no veo la influencia de aquel *breakfast*. La influencia sobre la teoría como proceso es entonces totalmente diferente de la influencia sobre la misma teoría como sistema. Tal es mi diferenciación, que me parece bastante importante en nuestro asunto.

La tercera diferenciación entre la aceptación consciente e inconsciente de las proposiciones. Esta diferenciación es aún más banal que otras banalidades que estoy exponiendo, pero, a pesar de esto, importante. Porque, si no me equivoco, no todos advertimos cómo es de amplia la clase de proposiciones que cada uno de nosotros admite inconscientemente, sin darse la menor cuenta de que las acepta. Quien se imagina que acepta únicamente las proposiciones de las cuales es consciente, se está engañando de un modo peligroso. Existe un solo método infalible para razonar sin premisas aceptadas táctica o inconscientemente: la formalización. Pero el que la ha practicado sabe cómo es de difícil y cuán pocos campos, si puedo expresarlo así, están suficientemente digeridos para que su formalización sea posible de pensar. La mayo-

ría de las cuestiones filosóficas no alcanza este grado de madurez. De ahí que tengamos en la filosofía gran cantidad de proposiciones aceptadas inconscientemente.

Finalmente, la cuarta diferenciación: diferencio la filosofía de la ideología en el sentido amplio y estricto de la palabra. A saber, llamo a la filosofía dada X "de la ideología en sentido amplio" cuando existe por lo menos un Y que: primero, es componente $X-A$; segundo, es componente de alguna ideología; y tercero, fue incluido a $X-A$, solamente por ser componente de esta ideología. El Y no tiene que ser una proposición o frase; puede ser, por ejemplo, un concepto o una pregunta.

A su vez, como "filosofía ideológica" en el sentido estricto de la palabra llamo a la filosofía X precisamente cuando Y es la aseveración en X y ese Y es una proposición.

ASEVERACIONES

Después de este largo paseo introductorio, porque nuestras diferenciaciones son reflexiones introductorias, podemos principiar nuestro objetivo de banalización, a saber, las aseveraciones concernientes a las posibilidades de la filosofía ideológica.

Existen dos posibilidades fundamentales. La filosofía puede ser o puede no ser ideológica. Pero como ya hicimos cuatro diferenciaciones, tenemos en realidad $2^4=16$ preguntas distintas (y no solamente dos, como parece admitir la mayoría de los autores que escriben sobre la filosofía cristiana). Creo, sin embargo, que algunas se pueden agrupar y de este modo podré limitarme a tres aseveraciones de banalización. A estas tres me gustaría agregar otras dos, basadas en la experiencia histórica. En conjunto, entonces, habrá cinco aseveraciones.

Primera aseveración

Toda filosofía puede ser inconscientemente ideológica. Digo que toda filosofía, sea analítica, sea sintética, como proceso o como sistema, etc., puede ser inconscientemente ideológica, es decir, estar bajo la influencia de la ideología del filósofo en concreto.

La prueba de esta aseveración es totalmente banal. Recuerdo que, hablando de la posibilidad, pensamos en la posibilidad lógica: es posible que A sea B y C cuando y sólo cuando entre las aseveraciones " A es B " y " A es C " no hay contradicción. Y no existe esta contradicción entre las aseveraciones "Isidoro practica la filosofía" e "Isidoro está inconscientemente bajo la influencia de su ideología" y hasta "Isidoro inconscientemente reconoce frases irracionales tomadas de su ideología". Nuestra definición de la filosofía excluye solamente la aceptación consciente de este tipo de frases. Entonces no hay contradicción, y en consecuencia: la filosofía ideológica es posible (empleo a "Isidoro" en título de protesta en contra del menoscabo de "Sócrates" en todas las negras tablas de los tiempos pasados, desde Aristóteles hasta Tarski).

Que la filosofía ideológica es posible inconscientemente lo podemos demostrar en el hecho de que a menudo es ella inconscientemente ideológica; pero de esto hablaremos en la aseveración cuarta.

Segunda aseveración

Ninguna filosofía puede ser conscientemente ideológica en el sentido estricto de la palabra.

Esto concierne tanto a la filosofía sintética como a la analítica, y la prueba de esta aseveración es otra vez banal. Según lo dicho acerca de la filosofía, su sistema no puede contener frases no racionales admitidas conscientemente. La filosofía ideológica en el sentido estricto de la

palabra contiene este tipo de frases, y porque contiene frases aceptadas únicamente por razón, de ser aseveraciones de la ideología del filósofo. Ocurre entonces la contradicción; es decir, este tipo de filosofía no puede ser admitido.

Tercera aseveración

Toda filosofía puede ser conscientemente ideológica en el sentido amplio de la palabra. Tenemos aquí una situación inversa de la planteada en la aseveración segunda: ninguna filosofía puede ser conscientemente ideológica en el sentido estricto de la palabra, pero cada una puede serlo en el sentido amplio.

Podemos comprobar la aseveración de la siguiente manera. En nuestra aseveración de que en filosofía no hay frases aceptadas irracionalmente, pensamos en las frases y no en los componentes del sistema, por ejemplo, en los problemas. Entonces no hay contradicción en el hecho de que "Isidoro practica la filosofía" y conscientemente admite en su ideología algunos problemas, mientras no tome frases de ella. Entonces no hay contradicción entre la filosofía, también como sistema, y la consciente aceptación de los problemas de la ideología. Luego, asumiéndolos, la filosofía se vuelve conscientemente ideológica en el sentido amplio de la palabra. Así comprendida, la filosofía ideológica es posible.

Aceptar esta aseveración nos conduce también a la reflexión sobre las ciencias auxiliares. Algunas de ellas son disciplinas autónomas, ampliamente desarrolladas; no obstante, pueden tener el papel de ciencias auxiliares con respecto a otras ciencias. Un ejemplo clásico lo constituye la matemática, en relación con la física. Cuando se presenta, y puede presentarse, y en realidad se presenta, la física plantea problemas a la matemática, y la matemática se someta a sus deseos y trata de solucionar esos problemas. Cuando lo hace no tiene que introducir

los principios físicos a su sistema; sin embargo, cede ante la influencia de la física en cuanto acepta sus problemas. Parece que la situación es similar cuando se trata de la relación de la ideología con la filosofía. Puede perfectamente ocurrir que desde el enfoque de la ideología haya que elaborar problemas puramente filosóficos, pero sobre los cuales el filósofo no dirigiría su interés si no fuese adepto a la ideología dada. Entonces la filosofía como proceso es conscientemente ideológica, y no se presenta ninguna contradicción.

Las tres aseveraciones anteriores constituyen la banalización de nuestro problema, anunciada en el comienzo. Al igual que muchos otros problemas filosóficos, cuando el significado de términos ya está más o menos determinado, el problema, aparentemente complejo, aparece como una cuestión bastante sencilla de la lógica de las clases, y el asunto quedó banalizado.

La comprobación de que el asunto pertenece al dominio de la lógica siempre resulta ser su banalización. La lógica es la ciencia de la cual podemos aprender que si está lloviendo, está lloviendo, o también que tal vez está lloviendo o no está lloviendo, es decir, puras banalidades. Distinto es que de estas triviales constataciones surgió toda la informática. El presente exordio, modesto exordio, no tiene ambiciones tan grandes. De todos modos, si pudiera ayudar a truncar las ilusiones y aniquilar los mitos, su objetivo estaría cumplido.

A estas tres aseveraciones "de banalización" conviene agregar otras dos, que serán ya no lógicas sino experimentales. Como tales, no se pueden comprobar con el método de la deducción, y es preciso evidenciarlas con el método de la reducción, común en las ciencias naturales. En consecuencia, son ellas menos seguras, pero también menos banales que las tres primeras aseveraciones lógicas.

Cuarta aseveración

Cada filosofía como proceso es inconscientemente ideológica, por lo menos en el sentido amplio de la palabra. La aseveración primera decía que cada filosofía en general (también como sistema) puede ser ideológica: la cuarta aseveración sostiene que la filosofía como proceso en realidad es ideológica, por lo menos en el sentido de que el filósofo asimila, en el transcurso de sus reflexiones, algunos conceptos, problemas, etc., de su ideología, pero sin excluir que también tome de ella las frases.

Como se ha dicho, esta aseveración no se puede comprobar *a priori* y en su justificación hay que emplear la reducción. Pero para apoyar se puede citar una enorme cantidad de hechos históricos. La sola obra de Etienne Gilson sería suficiente para dar a nuestra aseveración una base reductiva mejor que la que posee la mayoría de las proposiciones similares concernientes a la historia del pensamiento.

Por otro lado, a la misma aseveración conduce la reflexión sobre la unidad del psiquismo humano y sobre el hecho de que todo filósofo, sin excepción, está sometido en gran medida a la influencia de su medio, y la actitud asumida por él es también ideológica.

Quinta aseveración

Toda filosofía sintética es, como el sistema, inconscientemente ideológica en el sentido restringido de la palabra. Recuerdo que la filosofía es un conjunto ordenado de frases y que es ideológica en el sentido estricto de la palabra, cuando contiene frases aceptadas solamente por pertenecer a la ideología del filósofo en concreto. La aseveración dice entonces que cada filosofía sintética, como un sistema, contiene este tipo de frases.

Y esta aseveración, aunque no se puede comprobar con el método de la deducción, posee una amplia demostración de reducción en los hechos históricos. Refirámonos a un solo ejemplo impactante: parece que la mayoría de las filosofías sintéticas contiene desde los tiempos de san Agustín la aseveración de que el tiempo no hay que aceptarlo como circular, como lo hacían los griegos, sino como lineal. Resulta que esta aseveración no se puede, como es sabido, comprobar ni justificar con el método de la reducción. Es un principio heredado de san Agustín, quien lo formuló porque necesitaba tal tiempo como teólogo cristiano (la Encarnación es para el cristianismo un acontecimiento único, irrepetible; entonces el cristiano no puede concebir el tiempo de modo circular). Hegel, por ejemplo, seguramente se indignaría si se le hubiera dicho que uno de los principios fundamentales de su gran síntesis proviene de la ideología cristiana, pero parece ser así.

Otro ejemplo es la aseveración de que existe el Absoluto. Probablemente es la aseveración más popular entre los filósofos sintéticos. Y sin embargo, la prueba de esta aseveración, aunque posible, es sumamente difícil, y parece evidente que proviene de la ideología. Según Whitehead, Aristóteles fue el último gran metafísico que pensaba en Dios de modo independiente de la religión, es decir, de la ideología.

Mas no importa. El asunto consiste en que la historia de la filosofía nos muestra una larga fila de filósofos sintéticos que en el fondo fueron simples creadores de ideologías. Más concretamente, eran o productores de los *Ersätze* de la religión reinante o sus apologistas. ¿Qué se diría de aquellos filósofos de la Ilustración? El mismo Whitehead escribía bellamente de ellos: "*Les philosophes were not philosophers*". Con el esmero digno del más importante asunto, proclamaban que la razón es sólo lo que proviene del taller de las ciencias naturales. Hoy, una posición similar podría parecer ridícula, si no fue-

ra porque, a raíz de esta supuesta filosofía, se derramó tanta sangre humana. Digo supuesta, porque se trataba evidentemente de una ideología, con todos los rasgos de la ideología: falta de la prueba racional, absolutismo, síntesis, valoración, respuesta a la pregunta existencial.

Y *les philosophes* no estaban aislados en este sentido. Con muy escasas excepciones (los auténticos tomistas) nuestros filósofos sintéticos fueron, a decir verdad, protagonistas de las ideologías. ¿No dijo una vez Marco Antonio: el filósofo es una especie de sacerdote y siervo de Dios? Sobre todo en Alemania, donde el profesor tomaba el puesto del obispo y pontificaba, la confusión de los dos dominios fue radical a menudo.

Me permito expresar la esperanza de que junto con la universalización de la filosofía analítica tendremos menos equivocaciones de este tipo. He aquí el diagrama de nuestros 16 problemas referentes a las aseveraciones (ver cuadro).

DEBERES

Por fin, la pregunta: ¿qué puede y debe hacer el filósofo que profesa una ideología en relación con ella? La pregunta es importante para todos, porque parece que cada uno de nosotros tiene alguna ideología más o menos claramente formulada; y si no la tiene, siente obligaciones frente a ella. ¿Cuáles pueden ser las incumbencias de un filósofo en este campo?

Trataré de contestar a esta pregunta en tres pasos, correspondientes, si no me equivoco, a tres períodos en la historia de nuestra problemática: pretomista, tomista y contemporáneo.

Primer paso

Antes de Tomás de Aquino, los filósofos consideraban como su deber comprobar —y esto en general en el estricto sentido aristotélico de la palabra—, la veracidad de la ideología



profesada por ellos, o eventualmente algunas de sus aseveraciones. Esto concierne no solamente al pensamiento pretomista cristiano, sino especialmente al neoplatonismo (Aristóteles ocupa una posición excepcional, puesto que no le interesan ni los problemas existenciales ni las cuestiones religiosas).

Se trata de una gran equivocación. Santo Tomás de Aquino lo demostró de una vez para siempre: la ideología no se puede comprobar racionalmente. Hay que acabar terminantemente con este tipo de deberes del filósofo. Por ejemplo, se debe entender que no es un deber del filósofo cristiano demostrar la existencia de Dios, puesto que se trata de la verdad de la fe que no necesita ninguna prueba.

Sin embargo, vale la pena subrayar que la concepción pretomística del papel de la filosofía sigue vigente entre las masas.

Segundo paso

Según santo Tomás de Aquino, el filósofo que confiesa la fe, es decir, cierta ideología, tiene múltiples deberes frente a ella. Hoy, los siguientes de ellos parecen inadmisibles.

1. Santo Tomás de Aquino sostenía que es un deber de la filosofía comprobar, lo que parece que posteriormente fue llamado *preambula fidei*, es decir, este elemento racional que, como dije comentando las características de la ideología, por obligación anticipa la aceptación de una ideología. Mas, como lo mencioné en el mismo lugar, este elemento no es racional en el sentido aquí descrito, porque no se trata del razonamiento comprobable intersubjetivamente. De aquí que este primer deber no pueda ser cumplido por un filósofo.
2. Además, santo Tomás, quien no se consideraba filósofo sino teólogo (detalle que se olvida fácilmente), quería que la filosofía su-

ministrara su síntesis a la teología, la cual la teología incluye dentro de la suya más amplia. Y si lo interpreto bien, éste es el deber más importante de la filosofía frente a la ideología. Hablando entre paréntesis, los que se imaginan que en santo Tomás de Aquino el deber más importante es la defensa de la fe, no entendieron nada. Hoy en día nosotros no podemos cumplir con este principio, porque simplemente no creemos en la posibilidad de la síntesis general filosófica. Podemos suministrar síntesis ideológicas, parciales pero ésta es probablemente otra función, de la cual hablaremos más adelante.

Me parece, entonces, que el filósofo contemporáneo no puede cumplir con estas dos funciones: ni comprobar *preambula fidei*, ni suministrar una síntesis.

No obstante, si no me equivoco, esta concepción de los deberes de un filósofo está todavía muy divulgada entre los teólogos, y también entre los ideólogos de muchas ideologías.

Tercer paso

Entonces, ¿qué papel le queda al filósofo frente a su ideología? Diría yo que quedan dos funciones, ambas descritas claramente por santo Tomás y hoy perfectamente realizables: la función de la ciencia auxiliar y la función destructiva.

1. La filosofía, en santo Tomás, es *ancilla theologiae*, servidora de la teología. Este dicho causó no poca irritación en muchos filósofos, sobre todo en ciertos alemanes dogmáticos, porque precisamente su filosofía misma era una ideología. Pero desde una posición científica tranquila no se ve por qué el especialista de una disciplina se enojaría con el especialista de la otra, si este último emplea su ciencia, en sus estudios, como ciencia auxi-

liar. Porque el sustantivo *ancilla*, traducido a un idioma sencillo y sosegado, no significa otra cosa, que "ciencia auxiliar". Así como la matemática es ciencia auxiliar de la física, no entiendo suficientemente en qué medida esto podría perjudicar la autonomía y la dignidad de esta magnífica ciencia.

¿De dónde, entonces, esta indignación? Como lo manifesté, probablemente de la confusión de la filosofía con la ideología, que no lo es, pero a la cual ésta puede servir como una disciplina auxiliar.

Hasta qué punto es esto posible, que lo testimone el siguiente ejemplo: *How to do things with words*, de J. L. Austin, contiene una muy hermosamente formulada teoría filosófica para el uso de la teología sacramental —y esta filosofía fue formulada por un pensador que probablemente ni oyó de la existencia de la teología así—, lo que prueba hasta qué punto la filosofía pura puede jugar un cierto papel frente a la teología y, en consecuencia, indirectamente, frente a la ideología.

2. La filosofía puede además desempeñar, es verdad, no la función apologética (porque la apologética se puede practicar sólo desde la posición de la ideología que se pretende defender) sino la que los escolásticos llamaban la función *removens prohibens*, es decir, la función de destruir las supersticiones. Vista desde este enfoque, la filosofía tiene el objetivo demoníaco de aniquilar las tonterías y los prejuicios.

La dificultad consiste aquí, evidentemente, en la definición de qué es una superstición. Desde el punto de vista de la ideología, hay

que considerar como una superstición todo lo que no está de acuerdo con ella. Un magnífico ejemplo de este tipo de interpretación de la palabra ideología fue la actitud de los filósofos de la Ilustración, para quienes, por ejemplo, toda religión era una superstición, porque era contradictoria con su propia ideología. Pero el filósofo contemporáneo no puede tomar una posición parecida, porque es consciente de la diferencia entre la filosofía que practica y la ideología que profesa.

Hay, no obstante, las supersticiones, que llamaría filosóficas, que son supersticiones independientes de la ideología admitida. Aquí se trata de ellas, y su destrucción es uno de los deberes de la filosofía frente a la ideología. Me parece que este objetivo lo logró llamativamente Karl Jaspers, en uno de sus mejores libros, *Vernunft and Unvernunft*, cuyo contenido trata del exterminio de dos supersticiones de este tipo.

Pero la filosofía puede cumplir este deber únicamente bajo la condición de que permanezca siendo ella misma, es decir que como sistema esté libre de las influencias de la ideología aceptadas conscientemente. Únicamente bajo esta condición, su acción destructora será fidedigna y efectiva.

Y si es así, la banalización del presuntamente profundo problema de la filosofía ideológica, cuyo intento emprendimos aquí, es tal vez una contribución para destruir las supersticiones y abrir el camino para una ideología racional. ■

Traducción Bogdan Piotrowski